

# Diccionarios con vida

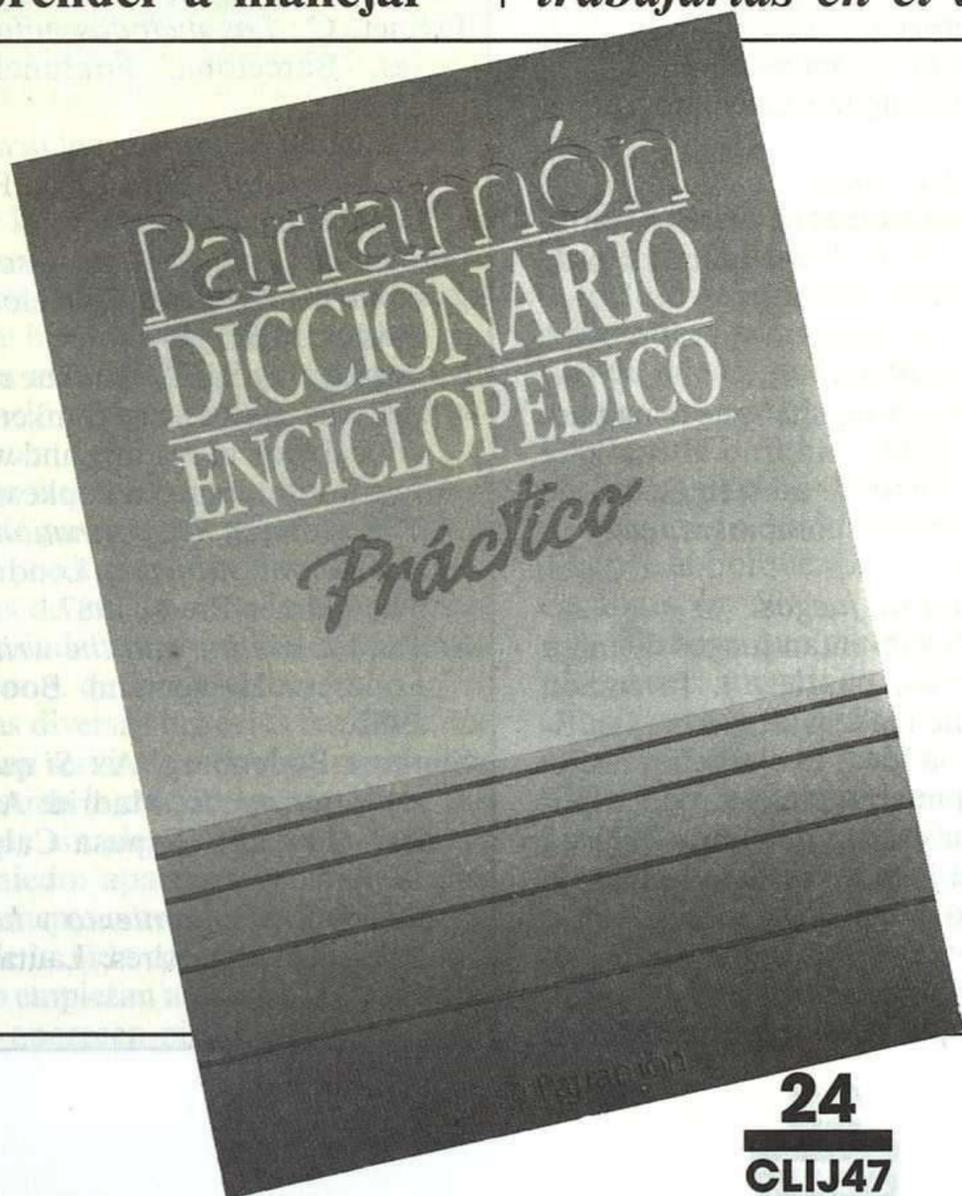
por José Calero Heras\*

*Este artículo recoge, en síntesis, la «filosofía» que impregna el libro Entre palabras. Para aprender a manejar*

*el diccionario,<sup>1</sup> del mismo autor, donde se proponen, además, numerosas actividades para trabajarlas en el aula.*

Nadie pone en duda el valor del diccionario como obra de consulta —afirmaba Humberto Hernández hace unos años—, aunque, por contra, muchos no sabrían distinguirlo de una enciclopedia, ni explicar lo que significan sus abreviaturas o símbolos, e incluso sean escasos quienes lo utilizan de manera continuada.<sup>2</sup> El diccionario está presente en casi todos los hogares, es cierto, pero de la misma manera que lo está la monumental enciclopedia adquirida, por puro agotamiento, a aquel pertinaz vendedor a domicilio, o la figurilla de loza que tocó en una tómbola de beneficencia: en la estantería más elevada del mueble del comedor, donde el chico o la chica no alcanzan ni de puntillas y donde no se aprecia la pátina de polvo que los envuelve.

Verdad es que en una sociedad en que la lectura y la escritura han dejado de ser prácticas habituales, poco sentido puede tener una herramienta que sirve para poner a punto las capacidades de comprensión y de expresión de quienes leen y escriben; menesteres estos que, salvando a algún que otro espécimen algo «rancio», han acabado recluyéndose, hoy en día, en esos guetos llamados escuelas, institutos o universidades. Fuera de los centros de enseñanza, donde la lectura y la escritura constituyen la ra-

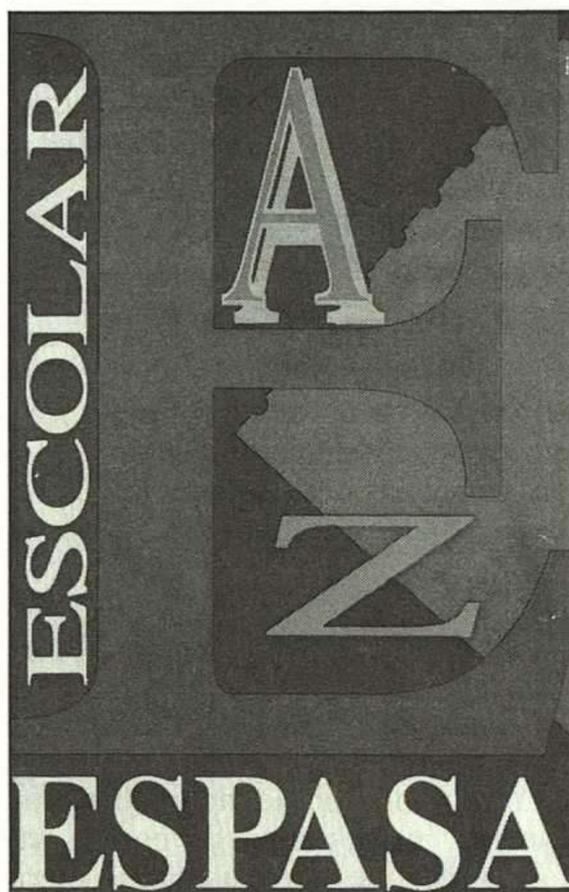


zón misma de su existencia, en qué pocas ocasiones ponemos en práctica estas capacidades, exceptuando esa ojeada que alguna que otra vez echamos a los periódicos o la firma que estampamos en las tarjetas de navidad. Y para tan poca cosa, maldita la falta que hace rescatar del altillo el voluminoso libraco, eso es cierto.

Hay que aceptar, pues, que en la mayoría de los hogares el diccionario, que no contiene la programación televisiva de la semana, se haya convertido en el testigo mudo y olvidado de una vida que pasa frente a él, como frente al arpa de Bécquer, sin rozarlo. Era su sino. Pero que no esté presente en las aulas o que, estando presente, se ignoren sus múltiples prestaciones y se desaproveche como material educativo de primerísima calidad, eso no tiene explicación alguna.

### La muerte del diccionario

Hace unos meses, José Antonio Millán anunciaba con estas palabras la muerte del diccionario en su configuración tradicional: «Dado que cualquier procesador de textos dispondrá de diccionarios incorporados, quién, ante una duda, va a levantarse del teclado para coger el pesado tomo del *Diccionario de la Real Academia Española* y buscar hasta ver si puede localizar una determinada palabra? ¿Para qué, si por un precio ridículo o posiblemente gratis, el programa le ofrecerá esa misma información?<sup>3</sup> ¿Seguirá siendo diccionario, me pregunto yo, éste del futuro, espíritu sólo, sin cuerpo tangible, sin volumen ni materia? Lo malo de esta mutación en ente abstracto, inmaterial, es que nadie podrá ya describir su diccionario como hizo con el suyo don Benito Pérez Galdós: un edificio colosal de recios murallones de cartón que encierran un laberinto de paredes y corredores con innumerables celdas; un edificio del que un día «salieron todas o casi todas las palabras, con fuertes y relucientes armas», quejosas



del uso que de ellas hacemos los humanos, en una rebelión inútil, que concluyó igual que todas las rebeliones: «como el Rosario de la Aurora».<sup>4</sup> (A propósito, ¿alguna vez les hemos pedido a nuestros alumnos y alumnas que describan su diccionario? Quizás, mirándolo con detenimiento, aprenderían a conocerlo y, conociéndolo, a amarlo.)

Lo más lastimoso de la inexorable profecía de José Antonio Millán no es, sin embargo, que desaparezcan los diccionarios, sino que desaparezcan antes de que hayamos sabido sacarles todo el jugo posible en las clases. Para que eso fuera posible, debiéramos abdicar, por una vez, de nuestra «seca» mentalidad de profesores y acercarnos a ellos como lo han hecho quienes más íntimamente los han conocido y amado: los escritores. Cuenta Juan Ramón Jiménez que el diccionario que siempre viajó con él, que siempre usó como libro de cabecera, era nada menos que de uno de sus abuelos, y respondía al discreto nombre de *Diccionario Enciclopédico de*

*la Lengua Española, con todas las voces, frases, refranes y locuciones usadas en España y las Américas españolas, en el lenguaje común antiguo y moderno...*<sup>5</sup> (¿Han reparado nuestros alumnos en el título del suyo, o simplemente lo conocen con el apelativo genérico e impersonal de *diccionario*?) Admira esa fidelidad de varias generaciones a un mismo libro.

### Los escritores y el diccionario

Pero, ¿cómo no han de amar los escritores un objeto que no los pierde de vista, como un perrillo faldero, y que aúna, como ningún otro, la sabiduría y la discreción? De esa «relación de enamorados» han dejado numerosos testimonios, tanto en sus obras de ficción como en sus ensayos y autobiografías; testimonios que, a no dudar, señalan a los docentes el camino por donde iniciar a los niños y jóvenes en el conocimiento y uso de ese «antipático librote». Ciro Alegría en *El mundo es ancho y ajeno*, una hermosa y cruda novela de no menos hermoso título, nos presenta a un pintoresco joven, el Letrao, que, acabada la escuela y «a fin de no dar un paso atrás en el camino del saber», se propuso aprender el diccionario de memoria. ¡Y ya iba por la *ch!*<sup>6</sup> (Quizá nuestros alumnos, con el suyo en la mano, podrían calcular, a una página por día, cuántos meses hace que comenzó su disparatada empresa y cuántos años les quedan para rematarla, contando con que no se rematará antes su discutible buen juicio.)

Otro escritor hispanoamericano, Manuel Mujica Láinez, en *De milagros y de melancolías*, donde lanza una mirada entre irónica y tierna al turbulento pasado de su América, relata el lamentable accidente que acabó con un preclaro cronista. El Capitán Cintillo, obsesionado por la búsqueda de un sinónimo, necesario para su *Crónica de la Fundación de San Francisco de Apricotina del Milagro*, y no teniendo a mano un dic-

cionario, «cayó a las aguas turbulentas del río Bigui y desapareció para siempre». <sup>7</sup> Descanse en paz. (¿Qué mejor servicio a su memoria pueden hacerle nuestros alumnos que intentar localizar ese malhadado sinónimo y brindárselo como homenaje póstumo?)

Y ya que estamos en Hispanoamérica, cómo no recordar al profesor de español Lucas-Cortázar y las maldiciones que sus alumnos franceses lanzaban contra sus diccionarios, que buenos francos les habían costado, porque de nada servían para descifrar una crónica del más puro estilo taurino: «El galache, precioso, terciado, mas con trapío, muy bien armado y astifino...» <sup>8</sup> (*Vocabulario común y vocabulario específico. Tecnicismos, cultismos, extranjerismos...*) Quien sí encontró lo que buscaba fue Beatriz, hija de un preso político uruguayo, en *Primavera con una esquina rota*: «Dice, *polución*: efusión del semen. Qué será efusión y qué será semen. Busqué *efusión* y dice: derramamiento de un líquido. También me fijé en *semen* y dice: semilla, simiente, líquido que sirve para la reproducción...». Pero la espabilada niña se extravió por los recovecos laberínticos del enorme edificio galdosiano, hasta concluir, mezclando el culo con las témporas: «Ahora sí lo averigüé todo y nosotras no venimos del semen sino de la almófera» <sup>9</sup> (*Diversas acepciones, palabras polisémicas...*).

Con más años y experiencia que la enternecedora chiquilla de Benedetti, nuestro Juan José Millás no llegó a perderse en su paseo por el diccionario, aunque le faltó poco: «Estaba cansado, llovía. Decidí darme una vuelta por el diccionario...». Entró por la *o*, saltó luego a la *u* y, por fin, lo abandonó, asqueado de su machismo, tras llegar a una conclusión no menos estrambótica que la de Beatriz: «Deduje que las mujeres carecen de muela cordal». <sup>10</sup> (Demos nosotros una vuelta por *toro* y *vaca*, por *fulano* y *fulana*, por *machote* y *machota*,

por *mancebo* y *manceba*... Y escarremos en busca de los masculinos de *pindonga*, *ramera*, *prostituta*, *buscona*... Quizá nos pase lo que a Millás...).

Qué poco sirven para la docencia los sesudos estudios de pedagogos o lingüistas sobre el diccionario y su manejo, y cuánto podemos aprender, en cambio, de quienes mantuvieron con él unas relaciones continuas, frescas, vivas. En esta como en otras muchas parcelas de la enseñanza, no es la utilidad el camino más derecho para entrar en el adolescente, sino la imaginación. Los primeros diccionarios que pongamos en sus manos no han de verlos como libros de consulta, como herramientas de trabajo, sino como una caja de sorpresas, como un mecano de incontables piezas para jugar; para jugar con las palabras, porque la lengua, como escribió Carmen Martín Gaité, «es un juguete que siempre sirve y nunca se estropea». <sup>11</sup>

## Jugar con el diccionario

Con él jugaban, en la escuela, los

niños de *La gaznápira*, buscando al azar una palabra para construir sobre ella una idea, un relato, una historia. «Gabriela decía: *tarambana*, tú te marcabas una extensión de dos cuartillas y empezabas a armar una historia de un loquitaina que no quiere abandonar su choza del monte cuando llegan los ingenieros trazando la autopista.» <sup>12</sup> Y si, como escribió Ángel González:

«Poesía eres tú,  
dijo un poeta  
—y esa vez era cierto—  
mirando al *Diccionario de la*  
[Lengua...» <sup>13</sup>

quizá podamos utilizarlo, no sólo para jugar a construir historias, sino también para componer poemas; poemas con la *a*, por ejemplo, como aquel soneto de don Francisco de Quevedo que empieza así:

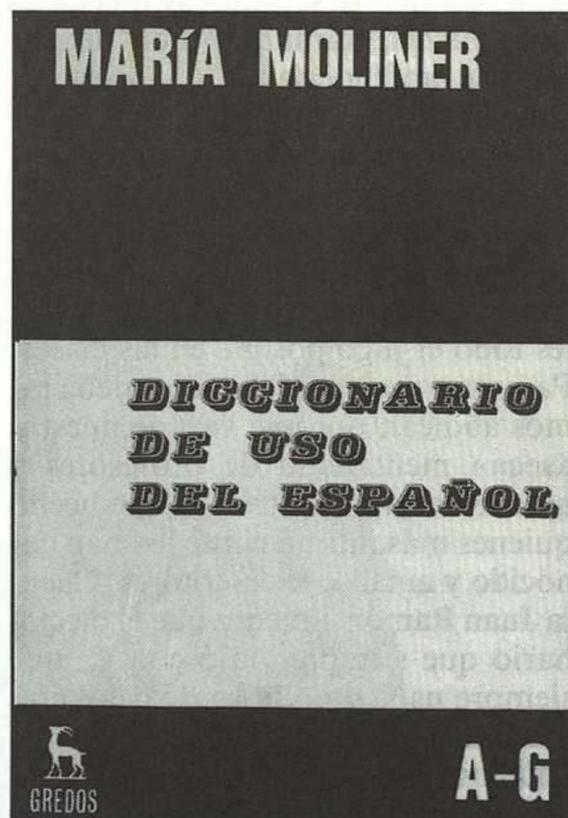
«Antes alegre andaba; agora apenas  
alcanzo alivio, ardiendo aprisionado;  
armas a Antandra aumento  
[acobardado;  
aire abrazo, agua aprieto, aplico  
[arenas...» <sup>14</sup>

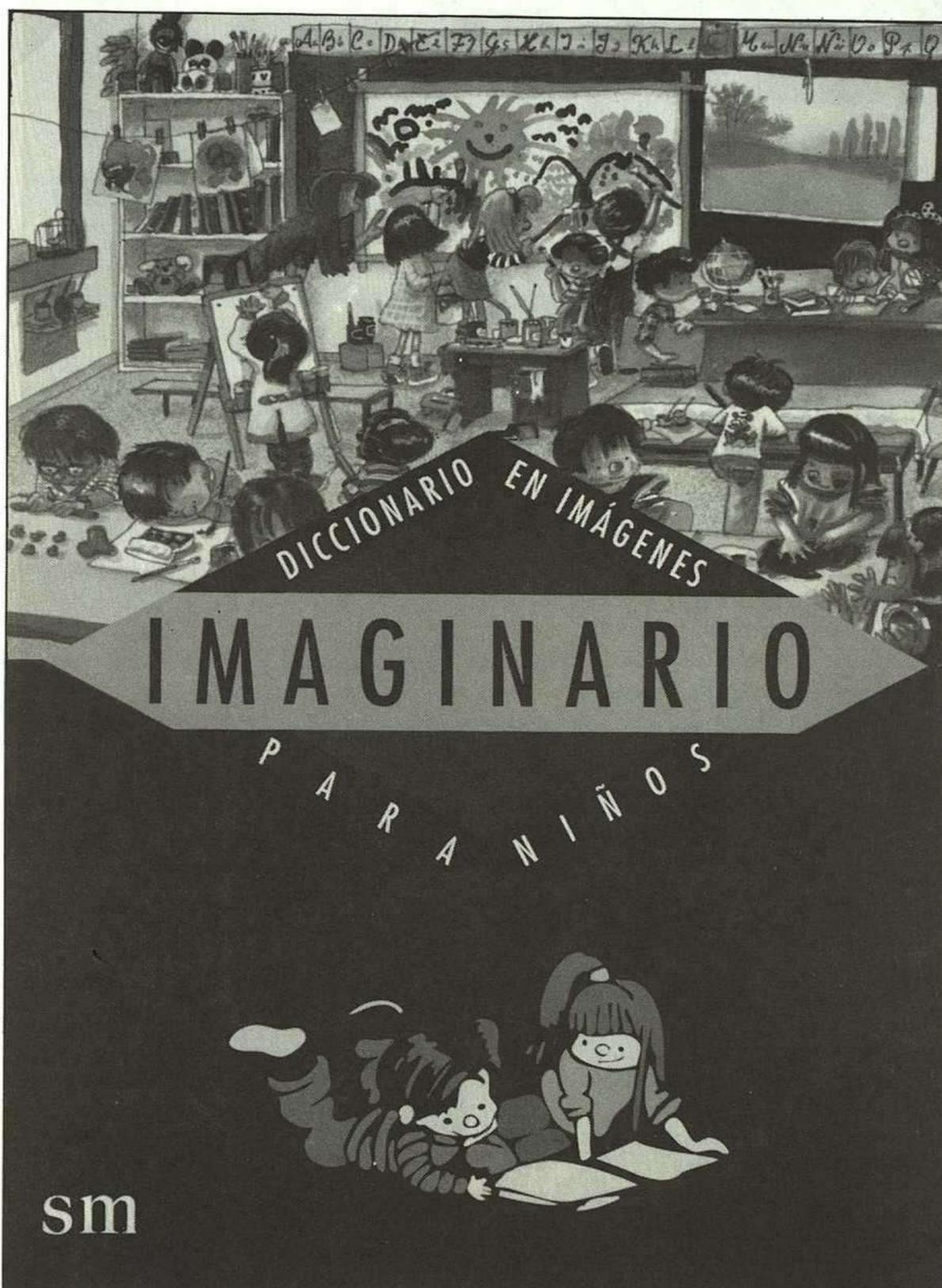
O con la *m*, como la larga epístola de Gloria Fuertes que comienza así:

«Manolo mío:  
Mi madrileño marchoso,  
maduro melocotón maleable,  
macedonia mascaré mañana,  
mortadela, moscatel mío...» <sup>15</sup>

O relatos, como *Un marido sin vocación* de Jardiel Poncela, sin una sola *e*: «Un otoño —muchos años atrás— cuando más olían las rosas y mayor sombra daban las acacias, un microbio muy conocido atacó, rudo, voraz, a Ramón Camomila: la furia matrimonial...» <sup>16</sup>

¡Qué maravilloso depósito de palabras el diccionario, para quienes gustan de coleccionarlas por su sonido, como Marcel Pagnol, de niño: «Me encantaban *granada*, *humo*, *tosco*, *carcomido* y, sobre todo *manivela*.





Cuando estaba solo, me las repetía, únicamente por el placer de oírlas...». *Damasquinado, florilegio, filigrana*, le parecían deliciosas. *Arzobispal* y *plenipotenciario*, grandiosas. *Anticonstitucionalmente* la veía como un monstruo imposible de domeñar.<sup>17</sup>

Los franceses, cuidadosos amantes de su lengua, se han entretenido muy a menudo en jugar con ella. ¿Y qué

mejor juguete que el diccionario, pieza esencial, por ejemplo, para practicar los *Ejercicios de estilo* del surrealista Queneau, o para las múltiples e ingeniosas actividades de su «Taller de literatura potencial»?<sup>18</sup> A otro francés, no menos imaginativo, pertenece la fúnebre historia de Cinoc, el *Matapalabras*, que «trabajaba en la actualización de los diccionarios La-

rousse. Pero, mientras otros redactores se dedicaban a la búsqueda de voces y significaciones nuevas, él, para dejarles sitio, debía eliminar todas las palabras y acepciones que habían caído en desuso...».<sup>19</sup>

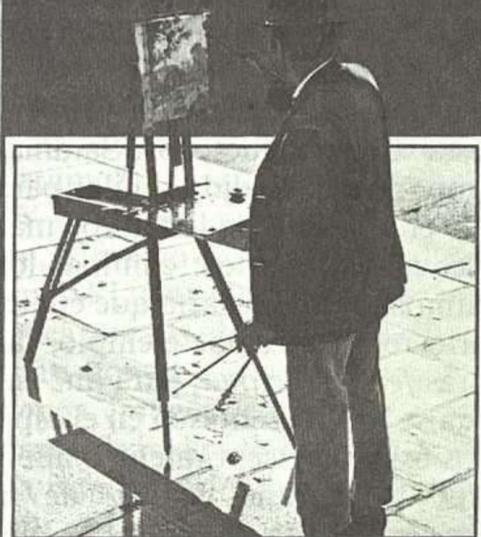
Otro novelista actual de primera fila, esta vez portugués, José Saramago, propone una medida similar para reducir el volumen de los libros más grandes nunca escritos: eliminar los antónimos. «Nos bastaría que el diccionario registrase, por ejemplo, las palabras *feliz, felicidad*, para que enseguida se nos presentasen en el espíritu los estados y sentimientos alternativos, la lágrima en vez de la sonrisa, la tristeza en vez de la alegría...».<sup>20</sup> Del mundo, y no sólo de los diccionarios, habría que eliminar, por superfluos e innecesarios, la guerra, la corrupción, la injusticia, la esclavitud... y quedarnos solamente con la paz, la honradez, la justicia, la libertad... Entre tanto, juguemos al menos a eliminarlos del diccionario con nuestros alumnos y alumnas... Y juguemos, no ya a matar, sino a crear palabras, o a adivinar sus significados o a investigar sus orígenes... ¡Qué curiosos progenitores los de las notas musicales o los de los días de la semana, o los de vocablos como *papa, ojalá, ramera, chiste, piropo, esnob* y tantos y tantos más...

Todo lo que se debe saber de las palabras está en los diccionarios: el origen, la categoría gramatical, los morfemas, los diversos significados, los modismos y frases hechas de los que forman parte, los antónimos y sinónimos, su familia léxica, sus irregularidades, sus peculiaridades ortográficas, ejemplos de su uso... Y todo debemos procurar que lo aprendan nuestros alumnos como mejor se han aprendido siempre las cosas, como se aprende a vivir y a ser mayor: jugando. Sólo así lograremos que el diccionario, el único objeto, junto al *aleph*, en el que cabe el mundo, no se les quede reducido a «un osario de palabras vacías», como también lo definió, en

# LA INICIACIÓN A LA PINTURA

## LA INICIACION A LA PINTURA

James Ogilvie-Forbes



Guías Fontalba

A veces se piensa que la pintura y el dibujo son actividades tan difíciles, e incluso tan desalentadoras, que requieren un largo aprendizaje. Esta guía de *Iniciación a la pintura* nos demuestra lo contrario a esta idea. Este libro es de valiosa ayuda al principiante en su conocimiento básico de los distintos medios disponibles, cómo se usan y qué tipos de superficies existen para pintar y dibujar, etc.

Formato: 13,5 x 20 cm

Páginas: 128 en cartóné

Fotografías e ilustraciones a todo color

**P.V.P.: 923 Ptas.** (Incluido IVA)

Pídalo a su librero  
o contrarrembolso a:

**Editorial  
Fontalba.s.a.**

Valencia, 359 - 6.º 1.ª  
08009 Barcelona (España)

## COLABORACIONES



Reproducción de una página del Diccionario en imágenes para niños de Ediciones SM.

*Yo el Supremo*, el dictador de todos los dictadores,<sup>21</sup> quien, quizá por eso acabó enterrado en él y convertido en quimera. ■

\* José Calero Heras es catedrático de Lengua y Literatura.

### Notas

1. Barcelona: Octaedro, 1992.
2. Humberto Hernández: «Literatura y Diccionario», *El País*, 9-V-1989.
3. José Antonio Millán: «El dinero de la lengua», *El País*, 10-X-1989.
4. Benito Pérez Galdós: *La conjuración de las palabras*, Barcelona: Edhasa, 1991, p. 9.
5. Juan Ramón Jiménez: «Mis ideas ortográficas», en *Política poética*, Madrid: Alianza, 1982, p. 387.
6. Ciro Alegría: *El mundo es ancho y ajeno*, Buenos Aires: Losada, 1977, p. 278.
7. Manuel Mujica Láinez: *De milagros y de melancolías*, Buenos Aires: Sudamericana, 1973, p. 116.
8. Julio Cortázar: *Un tal Lucas*, Madrid: Alfaguara, 1985, p. 39.

9. Mario Benedetti: *Primavera con una esquina rota*, Madrid: Alfaguara, 1986, p. 140.
10. Juan José Millás: «Palabras», *El País*, 9-XI-1990.
11. Carmen Martín Gaité: *El cuento de nunca acabar*, Madrid: Destino, 1985.
12. Andrés Berlanga: *La gazzápira*, Barcelona: Noguer, 1986, p. 91.
13. Ángel González: *Poemas*, Madrid: Cátedra, 1980, p. 169.
14. Francisco de Quevedo: *Poesía original completa*, Barcelona: Planeta, 1981, p. 365.
15. Gloria Fuertes: *Historia de Gloria*, Madrid: Cátedra, 1983, p. 80.
16. Enrique Jardiel Poncela: «Un marido sin vocación», en *Obras Completas*, Madrid: Aguilar.
17. Marcel Pagnol: *La gloria de mi padre*, Barcelona: Juventud, 1961, p. 102.
18. Raymond Queneau: *Ejercicios de estilo*, Madrid: Cátedra, 1987.
19. Georges Perec: *La vida instrucciones de uso*, Barcelona: Anagrama, 1988, p. 341.
20. José Saramago: «Contra la tolerancia», *El País*, 9-XII-1992.
21. Augusto Roa Bastos: *Yo el Supremo*, Madrid: Cátedra, 1983, p. 102.